

*Prestigio marítimo de Bizancio. – Utilidad para el tráfico mercante. – Ventajas que tiene sobre Calcedonia.*

Acabamos de decir que el estrecho que une el Ponto con la Propóntide tiene ciento veinte estadios de longitud, y que por el lado del Ponto termina en cabo Hierón, y por el de la Propóntide en Bizancio. En medio de estos extremos se eleva en el mar, sobre un promontorio perteneciente a la Europa, el templo de Mercurio, distante de Asia cinco estadios. Éste es el lugar más angosto de todo el estrecho, y en el que dicen que Darío tendió un puente cuando iba contra los escitas. Por el otro lado del Ponto, como las costas de una y otra parte del estrecho son iguales, es también igual el curso de las aguas; pero cuando el flujo que viene del Ponto, cortado por el promontorio, llega con violencia al templo de Mercurio, donde hemos dicho que se halla la mayor estrechez, entonces, rechazado, vuelve y se estrella contra las costas opuestas de Asia, desde donde retrocede como por una repercusión hacia aquellos promontorios de Europa llamados *Hestia*. Desde allí vuelve a arrojarse con ímpetu contra el promontorio llamado *Vaca* en el Asia, donde cuentan que se detuvo lo la primera vez, después de pasado el estrecho. Finalmente, desde aquí corren con ímpetu las aguas hasta la misma Bizancio, donde separadas en dos partes, la menor forma el golfo llamado *Cuerno*, y la mayor vuelve a retroceder; pero aminorada ya su violencia, no puede llegar a la costa opuesta, donde está Calcedonia. Porque como es impelida y rechazada tantas veces, y halla por otra parte espacio para extenderse, debilitada la corriente en este lugar, ya no hace prontas repercusiones hacia la costa opuesta en ángulos rectos, sino en obtusos; por lo cual, dejando Calcedonia, pasa adelante.

He aquí lo que acarrea tantas ventajas a Bizancio y tantas inconveniencias a Calcedonia; y aunque a la vista parezca igualmente bella la situación de una y otra, no obstante a ésta no es fácil abordar, aunque se quiera, y a aquélla te llevará la corriente por necesidad, aunque no quieras. Prueba de esto es que los que quieren atravesar desde Calcedonia a Bizancio no pueden navegar en línea recta por las corrientes que hay de por medio, sino que tienen que virar hacia la *Vaca* y *Crisópolis*, ciudad de que, apoderados los atenienses en otro tiempo por consejo de Alcibiades, fueron los primeros en exigir un tributo de los que navegaban al Ponto; y de allí en adelante abandonados al declive de las aguas, las mismas corrientes los llevaban por necesidad hasta Bizancio. Lo mismo ocurre a los que navegan de parte allá o acá de esta ciudad, porque bien sople un austro desde el Helesponto, bien corra un norte desde el Ponto al Helesponto, la navegación desde Bizancio, tomando la costa de Europa, es recta y fácil hasta el estrecho de la Propóntide, donde se hallan Abido y Sesto, y desde aquí a allá del mismo modo.

Todo lo contrario ocurre a los que salen de Calcedonia, porque a más de que la costa está llena de ensenadas, el país de los cizicenos avanza demasiado dentro del mar. Para venir desde el Telesponto a Calcedonia se tiene que tomar la costa de Europa; pero cuando ya se ha llegado a las proximidades de Bizancio, la corriente y los obstáculos dichos dificultan virar y tomar el rumbo hacia Calcedonia. Del mismo modo, saliendo de esta ciudad, es imposible dirigirse en línea recta hacia Tracia; ya por las corrientes que hay de por medio, ya también por los vientos que impiden una y otra navegación. Pues el norte nos impele hacia el Ponto, el norte nos separa, y para uno y otro recorrido es forzoso servirnos de estos vientos. Éstas son las ventajas que disfrutaban los bizantinos por el lado del mar; ahora se van a exponer los inconvenientes que tienen por tierra.

El rodear Tracia al país de Bizancio de mar a mar hace que los bizantinos estén en una guerra continua y ruinoso con este pueblo. Por más que bien pertrechados venzan tal vez a los tracios, nunca pueden evitar para el futuro la guerra, por la multitud de bárbaros y potentados. Si sojuzgan tal vez algún pueblo, en vez de uno se levantan tres más poderosos. En vano se convienen y arreglan impuestos y tratados, pues la condescendencia con uno les suscita otros muchos enemigos por el mismo caso; motivo por el cual se hallan siempre en una perpetua y perniciosa guerra. Y, a la verdad, ¿qué cosa más peligrosa que un mal vecino? ¿Qué mal más cruel que la guerra con un pueblo bárbaro? A más de estas calamidades con que luchan de continuo por tierra, sin hablar de otras que trae consigo la guerra, sufren un castigo semejante al que los poetas cuentan de Tántalo. Dueños del país más fértil, cuando ya lo tienen cultivado y esperan la abundante cosecha de sus sazonados frutos, vienen los bárbaros, talan una parte, se llevan otra, y los bizantinos, a más de perdidos los trabajos y gastos, quedan con el dolor de ver la asolación de sus excelentes frutos y maldicen su fortuna. A pesar de la continua guerra con los tracios, mantuvieron siempre su antigua amistad con los griegos, hasta que atacándoles los galos bajo la conducción de Comontorio llegó al colmo su desgracia.

Estos galos eran de los que habían salido de su patria con Brenno, se salvaron de la derrota de Delfos y llegados al Helesponto no habían querido pasar al Asia. Habían sentado el real en Bizancio, embelesados de la bondad de su país. Sojuzgaron después Tracia, y sentada su corte en Tile pusieron a los bizantinos en el mayor aprieto. En las primeras invasiones que hicieron en tiempo de Comontorio, su primer rey, los bizantinos tuvieron que darles ya tres mil, ya cinco mil, y tal vez hasta diez mil piezas de oro por redimir su país de la tala. Por último fueron forzados a conceder un tributo de ochenta talentos por año, que pagaron hasta el tiempo de Cavaro, en que se disolvió la monarquía, porque cambiándose la suerte los tracios, más poderosos que los galos, acabaron del todo con esta nación.